

**CÁDIZ Y EL CASTILLO DE
DOÑA BLANCA. RETAZOS DE
ARQUEOLOGÍA FENICIA****Diego Ruíz Mata**Barcelona, Ed. Bellaterra, 2022
ISBN: 9788418723469

Hay pocos temas de la arqueología y la historia antigua de la Península Ibérica que susciten tanto interés como los orígenes de la colonización fenicia y una de sus primeras fundaciones, Gadir; pero, al mismo tiempo, y frente a unas tradiciones literarias que, en apariencia, resolvían de manera adecuada el problema, el panorama de la cultura material no ha

acompañado a las informaciones que una lectura simplista de esos textos antiguos sugería. Por un lado, las decenas de excavaciones en el entorno de la bahía gaditana no soportaban una fundación de Gadir a finales del s. XII a.C., una ensoñación basada en un texto de Veleyo Patérculo que muchos aceptaron al pie de la letra porque “garantizaba” a la ciudad una gran antigüedad, siempre considerada un signo de distinción; por otro lado, y hasta hace relativamente poco la propia ciudad de Cádiz no había proporcionado restos que se remontasen, no ya al s. XII, sino, ni tan siquiera a las cronologías que estaban proporcionando otros asentamientos fenicios en las costas malagueñas o granadinas.

Fue en este contexto en el que el autor del presente libro, el Prof. Ruiz Mata, inició sus excavaciones en 1979 en un yacimiento situado a los pies de la sierra de San Cristóbal, el Castillo de Doña Blanca, que pronto empezó a proporcionar datos de gran antigüedad y relevancia para entender el proceso de colonización, asentamiento y organización del área de la bahía gaditana por parte de los fenicios, y de las poblaciones indígenas del entorno.

El libro que aquí reseñamos narra parte de la historia no solo del asentamiento sino también de las vicisitudes de la excavación y, asimismo, de las propias reflexiones de su autor acerca de tal proceso. El libro consta de trabajos aparecidos a lo largo de los años en diversas publicaciones, pero el autor no se ha limitado a una simple reproducción de los mismos, sino que ha ido introduciendo apostillas y actualizaciones que sirven, también, para comprobar el proceso intelectual seguido a la hora de ir interpretando las informaciones que proceden de la excavación, matizando a veces con la ayuda del tiempo visiones demasiado arriesgadas o precipitadas y reafirmando ideas surgidas al inicio del proceso que ese mismo tiempo no ha hecho sino corroborar.

El libro se articula en once capítulos que iremos comentando a continuación. El primero de ellos, “Introducción” plantea los objetivos del libro, justificando (si es que ello fuese necesario) el formato de reunir trabajos ya publicados

y resaltando, y en ello estamos de acuerdo, la novedad de incluirlos todos en una forma unitaria.

En el segundo capítulo “Indígenas y fenicios: conocimientos en 2021”, aborda Ruiz Mata lo que ha sido la evolución de los conocimientos sobre la Gadir antigua hasta el momento presente. Un punto importante en su análisis, y es algo a lo que aludirá en varias ocasiones a lo largo del libro, será la opinión que manifestó Sabatino Moscati, uno de los grandes nombres de la arqueología fenicia, en un trabajo publicado en 1996 y que tituló “La grande Cadice dei Fenici”; en él señalaba el investigador italiano, casi asumiendo la función de un oráculo (aunque, diría yo, fallido), que a la vista de los datos que ya en ese momento estaba aportando el Castillo de Doña Blanca, al que consideraba poco más que un centro secundario dentro del conjunto gadirita, lo que cabría esperar que se hallase en la actual ciudad de Cádiz debería ser de una entidad mucho mayor. Fiaba su “predicción” en los hallazgos futuros que se diesen en la ciudad gaditana y que, en ese año 1996, eran prácticamente nulos por lo que se refiere a los periodos más antiguos. Partiendo de esta idea Ruiz Mata pasa revista a los hallazgos sucedidos desde aquel 1996 que no han confirmado lo que sugería Moscati; diversas excavaciones en el solar gaditano, que aparecerán a lo largo del libro (Calle Ancha, Cánovas del Castillo y, sobre todo, el Teatro Cómico) no han mostrado la existencia de esa “gran Cádiz” sino un panorama muy diferente, interesantísimo, por supuesto, pero que no muestra ni un asentamiento grande (poco más de una hectárea) ni una continuidad a lo largo del tiempo, habiéndose detectado varias fases de abandono. Todo ello contrasta, y es uno de los temas principales del libro, con la continuidad e intensidad de la ocupación de Doña Blanca desde finales del s. IX a.C. hasta su destrucción durante la Segunda Guerra Púnica, a finales del s. III a.C. Esos son los hechos derivados de la arqueología y en los que el autor incide en este capítulo los cuales, a su vez, sugieren una nueva visión de lo que debió de ser la fenicia Gadir a lo largo de su historia, no centrada solo en la ciudad actual, heredera de su nombre, sino en el amplio entorno de la bahía donde cada uno de los sitios investigados por la arqueología en lugares que hoy tienen su propia entidad local o municipal tenían su sentido en el conjunto de la ciudad fenicia. La bella imagen aérea que sirve de portada al libro ilustra, de manera evidente, esta realidad de lo que fue la Gadir fenicia y que sintetiza el autor en el último párrafo del capítulo.

El segundo capítulo “1999: Cádiz-CDB-Gadir, textos y arqueología” pasa revista y analiza los principales testimonios antiguos referidos a Gadir y hace un recorrido historiográfico sobre lo que se sabía acerca del Castillo de Doña Blanca (abreviado CDB a lo largo del libro) antes del inicio de las excavaciones. Asimismo, contrapone los datos arqueológicos revelados por el CDB con los cono-

cidos en la ciudad de Cádiz y las interpretaciones dadas por diversos investigadores, aun en ausencia o escasez de restos, acerca del pasado de la ciudad. Resalta el autor alguno de los excesos a los que acabó llegando una visión por completo alejada de la realidad (no solo arqueológica, sino también histórica) y basada más en posibilismos elucubratorios que en datos y que llegaba a sugerir poblaciones de más doscientos mil habitantes en cada una de las fases históricas antiguas de Cádiz. Del mismo modo, también cuestiona algunas de las identificaciones de los pocos lugares mencionados por los autores antiguos, y que han llenado la literatura sobre la Cádiz fenicia y que, en muchos casos, tampoco tienen bases sólidas. El capítulo acaba con la visión que el autor mantenía en 1999, a partir de datos objetivos como son los arqueológicos, acerca de la configuración de Gadir y, a ello, le añade una apostilla actual que viene a confirmar, en sus líneas generales, y después de nuevas excavaciones en la ciudad de Cádiz, las ideas que ya se esbozaban en el trabajo original.

El cuarto capítulo “Sin indígenas no hay fenicios ni tartesios” aborda otro de los problemas en los que la investigación de los últimos años ha puesto su foco, cual es el del papel de las poblaciones locales en el desarrollo de la presencia fenicia y en el de la cultura que se desarrolló en el sudoeste peninsular tras ella y a la que se le ha dado el nombre de tartésica. Combate Ruiz Mata algunas de las ideas que se han ido avanzando y que van desde negar una presencia de poblaciones asentadas en la zona antes de la llegada fenicia hasta considerar que el término de tartésicas debería ser aplicado a esas poblaciones (cuya presencia aceptan quienes defienden esta otra teoría) antes incluso de la llegada fenicia. La postura del autor podemos sintetizarla en sus propias palabras: “es evidente que la colonización fenicia tuvo su efecto y éxito por los recursos que halló y por la población autóctona existente. Tartesos es consecuencia de ello como proceso de interacción, de cambios estructurales materiales, sociales, económicos y religiosos” (pág. 138).

El quinto capítulo, “La ciudad fenicia del CDB en el escenario de la historia”, muestra cómo se iniciaron las excavaciones en el CDB, lo que se conocía (y lo que se imaginaba) de Gadir en 1979 y lo que supuso esa excavación en el desarrollo del conocimiento sobre la misma en un proceso que el propio Ruiz Mata no duda en calificar de “viaje iniciático” (p. 152). Analiza el paisaje que se encontraron los fenicios a su llegada, el panorama arqueológico de las culturas que se estaban desarrollando en la zona, los recursos de la misma así como las distintas áreas que se fueron investigando en el CDB (ciudad, necrópolis, zona portuaria, cima de la Sierra de San Cristóbal). Presenta, asimismo, el repertorio cerámico fenicio más antiguo, agrupado por tipologías y acompañado de los dibujos pertinentes, así como datos acerca del final del sitio entre el

210 y el 205 a.C. y concluye el capítulo analizando el Túmulo 1 de la necrópolis situada al norte del CDB y a los pies de la Sierra de San Cristóbal.

El capítulo sexto, “‘Gadir’ y su estructura plural” tiene en cuenta los diversos hallazgos del entorno gaditano, incluyendo los del Teatro Cómico y otros en la ciudad de Cádiz para insistir en que Gadir debe plantearse en una amplitud espacial que tenga en cuenta el entorno de la bahía; no en vano los griegos transcribieron el nombre fenicio de Gadir empleando un plural: *ta Gadeira*. Los datos, ahora sí, objetivos surgidos de la excavación del Teatro Cómico muestran que el asentamiento ubicado en lo que en aquel entonces era la isla septentrional, conocida como *Erytheia*, no superó la hectárea de extensión, mientras que enfrente se desarrollaba, de forma sincrónica, el CDB con una extensión entre 7 y 9 ha., existiendo además el área del templo de Melqart-Heracles en el entorno de Sancti Petri, muy alterado por la acción marina y cuya entidad es, por el momento, difícil de apreciar. Reconocer esta pluralidad es también una de las aportaciones de este y otros trabajos del autor y que muestra cómo, en esta ocasión, sí hallan un buen acomodo los textos antiguos y la realidad material.

El capítulo 7, “Cánovas del Castillo y la pesca, en el inicio de la Gadir arcaica” sale del entorno específico del CDB y se traslada a la actual ciudad de Cádiz; en él, el autor analiza esta importante excavación que permitió descubrir uno de los primeros contextos de mayor antigüedad Cádiz. Su interés radica, además de en este hecho, en que los vestigios no parecían integrados en una trama urbana coherente y desarrollada, frente a la imagen que se pensaba para la Cádiz primitiva, sino que parecía un espacio bastante marginal y dedicado, tal vez, a actividades pesqueras y, en todo caso, de escasa duración temporal. Un hito importante, aunque no en la dirección que muchos hubieran querido, acerca de la conformación de la Gadir más antigua y que mostraba, con datos arqueológicos bastante claros, que la isla menor o *Erytheia* no tenía los rasgos suficientes como para considerarse que allí hubiese una trama urbana bien desarrollada.

En la misma línea iba otro solar también excavado en el casco histórico de Cádiz y que es objeto de análisis en el siguiente capítulo, el octavo, “C/Ancha 29, en Cádiz: *¿axis mundi* y banquete funerario?”. En esta excavación, situada a unas decenas de metros de la anterior se detectó otro nivel fenicio arcaico y, asimismo de poca duración, pero sin ninguna articulación urbanística con el hallado en Cánovas del Castillo. En este caso se sugirió una función sacra o, incluso funeraria, a lo que no fue ajena su proximidad al lugar en el que se halló la famosa figurilla de bronce con máscara de oro conocida como el “sacerdote de Cádiz”. La parte final del capítulo pone en relación ambas excavaciones que muestran un horizonte cronológico similar, así como una cultura

material semejante, tanto por lo que se refiere a los objetos de manufactura local como a los procedentes de otras áreas del Mediterráneo (Cerdeña o área de Cartago).

El siguiente capítulo, el noveno, “Cánovas del Castillo, Calle Ancha y Teatro Cómico. Tres espacios elocuentes” recapitula, como su título sugiere, las dos excavaciones abordadas en los capítulos previos y la mucho más amplia del Teatro Cómico. Esta última aclaró muchos aspectos de las fases más antiguas de la ciudad de Cádiz, pero también suscitó nuevos problemas. Confirmaría el asentamiento fenicio en la isla de *Erytheia* hacia el último cuarto del s. IX a.C. y el surgimiento poco después de una trama urbana típicamente fenicia y con paralelos claros en el (mal llamado) “barrio fenicio del CDB”. Un dato de interés era que ese espacio urbano no debió de ser muy grande porque las excavaciones previas (Cánovas y calle Ancha), que se encuentran a unas pocas decenas de metros, no muestran conexión con el área del Cómico, lo que indicaba que el tamaño del asentamiento en el mismo no pudo haber sido muy extenso (1 ha. es el cálculo más razonable). Además, después de una segunda fase en el Cómico que duraba desde *ca.* 820/800 a.C. hasta *ca.* 720 a.C., parece producirse un largo periodo de abandono del área hasta su reocupación, con otro trazado diferente, hacia inicios del s. VI a.C. Con estos datos, Ruiz Mata define en pocas palabras la realidad de la ciudad de Cádiz en época fenicia arcaica: “templos, un pequeño núcleo con viviendas superpuestas, zonas de trabajo ocasional, espacios vacíos y puntos simbólicos” (pág. 338). Frente a ello, y en el otro extremo de la bahía, en tierra firme, el CDB muestra ya elementos de urbanismo, continuidad, murallas, etc. y junto al espacio ocupado por la población autóctona. Apunta también, y es una línea que merece más desarrollo, la posibilidad de que los fenicios del CDB y los de la isla gaditana procedan de entornos diferentes dentro de ese mundo fenicio que ya abarcaba buena parte del Mediterráneo, y con otros intereses, que se traducirían en las diferencias de uso de los diversos espacios de la bahía. Concluye el capítulo con algunas reflexiones sobre el problema cronológico, tema hoy en el centro del debate, al contrastarse las que proceden de las tradiciones históricas de las que surgen a partir de uso de técnicas de datación como el Carbono 14. Sin duda estos aspectos seguirán ganando relevancia en el futuro próximo, aunque será difícil lograr un consenso entre los partidarios de unas y otras cronologías.

Con el capítulo décimo “El vino y la bodega completa más antigua conocida, en la Sierra de San Cristóbal”, abandonamos la isla y regresamos a tierra firme, en este caso, no a la ciudad fenicia del CDB sino al importante establecimiento investigado en la parte alta de la mencionada Sierra de San Cristóbal, que fue objeto de excavación pero que tuvo que volver a ser cubierto para evitar

su deterioro. Tras una serie de referencias a la importancia del vino en el mundo antiguo y a las importaciones más antiguas de este líquido a Occidente, procede Ruiz Mata a abordar los inicios de su producción en la Península Ibérica, así como a considerar las principales informaciones que los agrónomos latinos elaboraron acerca de los diversos procesos productivos relacionados con la uva. Tras ello, presenta las excavaciones realizadas, que sacaron a la luz un complejo datado en el s. III a.C. y que ha sido identificado como una bodega, con sus lagares destinados al prensado de la uva, áreas de almacenamiento, con profusión de ánforas de producción local, pero también los espacios religiosos insertos en el mismo conjunto. Se hallaron también hornos, lo que le permite al autor sugerir que se elaboraban distintos tipos de vinos afrutados.

El undécimo capítulo “Avances en el siglo XXI”, muy breve, presenta algunas observaciones del autor fijando muchas de las ideas que se han ido avanzando a lo largo del libro. Sin duda son las propias palabras de Ruiz Mata las que mejor resumen lo que, para él, significa hoy día, Gadir: “La integración funcional del espacio de la Bahía, situados en la isla de Cádiz, la ciudad costera del CDB, el templo de Melqart, en Sancti Petri o aledaños, a los que se une el Cerro del Castillo en Chiclana, y poco más tarde San Fernando, desde los siglos VI-V a.C. Es un concepto plural, que no debe reducirse a la unicidad de Cádiz conocida por las fuentes” (pág. 444).

En definitiva, lo que va a encontrar el lector en este libro es un compendio de más de cuarenta años de trabajos y reflexiones sobre la antigua ciudad de Gadir. La ventaja que tiene un libro que surge a través de trabajos previos, aunque se les haya retirado aquellos aspectos que peor han resistido el paso del tiempo, es mostrar cómo una línea de trabajo, marcada en unos primeros momentos por hipótesis (a veces muy – demasiado – criticadas por parte de la Academia) ha acabado corroborándose a partir de los hallazgos arqueológicos o de la ausencia de los mismos en ocasiones. El panorama que el autor ya defendía en los años noventa no es el mismo que podemos percibir hoy día; en aquellos años aún no se habían excavado niveles arcaicos en la ciudad de Cádiz y el CDB mostraba ya su carácter fenicio, su continuidad desde finales del s. IX a.C., su trama urbana, sus murallas y su integración con el territorio y parecía que en la ciudad de Cádiz no existían restos de esa ciudad fenicia que “tenía” que estar allí; todo ello causaba gran desazón en parte de la investigación que, en parte, se resistía a aceptar la realidad que la arqueología estaba desvelando en el CDB y que señalaba a este centro como un hito importante de la Gadir fenicia. En la actualidad, y tras excavaciones en el casco antiguo de Cádiz, a las que ya se ha aludido, el panorama ha cambiado, pero plantea casi más dudas que antes. Los datos materiales muestran, frente a un CDB que sigue siendo lo que acabamos de describir, que

en la ciudad de Cádiz hubo, como mucho, un pequeño asentamiento en el Cómico que, además, parece abandonarse durante más de un siglo (desde finales del s. VIII a inicios del s. VI a.C.), y alguna otra instalación aislada con finalidades productivas o religiosas. En definitiva, seguimos sin disponer para la ciudad de Cádiz de un asentamiento de época fenicia, equiparable en tamaño, continuidad, etc., con el que existió en el CDB. El presente libro trata de responder a los problemas que plantea la Gadir arcaica, entendiéndola, como hace el autor, desde esta perspectiva polinuclear que prescinde de los límites administrativos modernos para darnos un panorama ajustado a lo que vieron los fenicios cuando eligieron este emplazamiento para ubicar en él la que sería una de sus colonias más importantes. Al tiempo, abre toda una serie de interrogantes nuevos que la investigación deberá abordar en el futuro y, como ocurre con frecuencia, y se muestra en el presente libro, el investigador debe estar revisando (o corroborando) continuamente sus hipótesis ante los nuevos hallazgos; y estamos convencidos de que estos no faltarán ni en Cádiz ni el conjunto de la bahía, del mismo modo que los avances en la arqueología fenicia, tanto en el Mediterráneo en general como en la propia península ibérica, obligarán a seguir repensando todos estos procesos históricos.

Si antes valorábamos lo que aporta al conocimiento de cómo se ha ido avanzando en la investigación un libro realizado a partir de trabajos previos, ahora debemos verlo desde otra perspectiva. A pesar de que el autor ha intentado evitar repeticiones las mismas, sin embargo, están presentes en varios capítulos del libro y, a veces, incluso encontramos datos que se transcriben de forma diferente de un capítulo a otro; no son graves inconvenientes, sin embargo, que resten valor al libro. Por último, y como reflexión final, desearíamos que los contextos arqueológicos y los repertorios materiales que ha deparado un yacimiento tan excepcional como el CDB fuesen publicados, de manera exhaustiva, lo antes posible puesto que, aunque el panorama general es bien conocido, gracias a los trabajos previos (parte de los cuales se recogen en este libro), solo una publicación completa y detallada aportaría los datos básicos sobre los que construir el conocimiento histórico definitivo sobre el Castillo de Doña Blanca.

Adolfo J. Domínguez Monedero

Universidad Autónoma de Madrid